

Historia. Humanidades

Los caprichos del azar: en el centésimo aniversario de la aspirina

A. Alarcón Zurita (*)

La historia de la humanidad está salpicada, aquí y allá, de grandes descubrimientos que transformaron en genios a sus descubridores y que no fueron sino el fruto del azar, de la simple casualidad. Y el hombre común se diferencia del genio en que éste es capaz de sacar provecho de cualquier hallazgo, por fortuito que sea, mientras que los demás mortales pasamos sin pena ni gloria por delante de él.

Los ejemplos son muchos y muy variados. Examinaremos uno de tantos, uno que yo considero muy demostrativo porque abrió el camino para el descubrimiento de una de las sustancias que más beneficio han reportado a la humanidad: el ácido acetil salicílico, la aspirina.

En el año 1793, la Royal Society de Londres recibió una carta del párroco de Chipping Norton; Oxfordshire, en la que éste, incansable buscador de remedios naturales, experto en plantas e infusiones de todo tipo, afirmaba que existían muy pocos descubrimientos tan útiles como el que él había hecho: la demostración de que los extractos de corteza del sauce *Salix Alba* contenían salicilina -el glucósido del ácido salicílico-, y que los salicilatos, decía el párroco en su carta, aliviaban la fiebre y las

molestias de varias enfermedades. Para no juzgar de inmodesto en demasía a nuestro párroco, es necesario recordar que por estas fechas, los galenos se dividían en dos grandes grupos: los vampiros, que sangría tras sangría dejaban exagües y sin defensas a los pacientes, y los envenenadores, que acababan con ellos a base de medicamentos. De ahí que nuestro clérigo, al descubrir que su infusión no envenenaba, no mataba y encima era útil, se atreviera a calificarla del mayor descubrimiento médico que vieran los siglos. Y no anduvo muy desacertado: Sin embargo, cuando los sabios de Londres leyeron la carta y valoraron su contenido, y a quien la había escrito, un clérigo bastante inmodesto... En fin, que hubo que esperar 100 años más, hasta 1897, para que se sintetizara el ácido salicílico y se empezara a utilizar en la clínica. Lo que ocurrió luego, hace 100 años, fue la aspirina...

Vemos, pues, como fue desaprovechada por los científicos de la época una casualidad venturosa que los habría llevado a la fama y a la gloria presente y futura.

También a mí, hace algunos años, me ocurrió un episodio en que la casualidad fue desaprovechada. Un buen día, allá por los setenta, tiempo en el que yo sentaba mis reales por el hospital La Paz, de Madrid, cayó en mis manos una revista de divulgación científica -y digo revista porque tenía mucho de divulgación y poco de científica- en la que se contaba, más como anécdota que como caso clínico, la historia de un practicante que trabajaba en la consulta de un ginecólogo. El buen hombre tenía una úlcera de estómago que lo llevaba por la calle de la amargura y había decidido operarse. Y estando así las cosas, el día antes de la operación, mientras pasaba consulta con el ginecólogo, éste le vio angustiado y presa de un miedo atroz, le preguntó:

-¿Se puede saber que te pasa?

-Que mañana me tengo que operar de la úlcera y estoy aterrorizado -le contestó nuestro hombre.

(*) Jefe de Sección de Nefrología. Hospital Son Dureta..

-Pues no te operes; toma Flagyl - le dijo en broma el ginecólogo, que le indicó un medicamento que él usaba para tratar las infecciones vaginales por tricomonas.

Luego, el practicante desapareció de la consulta por varios días, y al volver, el ginecólogo, extrañado por su pronto restablecimiento, le preguntó:

-¿Ya te has operado?

-No -contestó aquel, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja-; me tomé el Flagyl y me curé, con lo que ya no necesito de ninguna intervención.

Y el ginecólogo sin atreverse a hacer valoración alguna, pues era consciente de lo limitado de su observación, publicaba el caso como una curiosidad y como un "ahí queda eso" por si a alguien le sirve.

El caso es que yo leí el artículo y mi curiosidad se despertó; y como el tratamiento era inocuo y tenía mi hermano Carlos con una úlcera duodenal crónica que no le dejaba vivir, le dije que tomara Flagyl. Desapareció la sintomatología en menos de 10 días y quedó curado de su úlcera, lo

que ya era mucha casualidad, pues a diferencia del caso anterior, en mi hermano no habían influido factores de tipo psicológico porque no estaba estresado por la amenaza de ninguna intervención. Y pensé que tanta casualidad ameritaba de una comprobación científica, de que se hiciera un estudio serio sobre el asunto; pero como yo no disponía de enfermos suficientes para llevarlo a cabo, se lo comenté a los residentes de digestivo de mi hospital, los cuales, como ya suponía de antemano, pues la investigación era un tanto peregrina, no se tomaron el más mínimo interés por ella. Doce años más tarde, Warren y Marshall describirían un pequeño bacilo gram negativo, después llamado *Helicobáctter pilory*, que infectaba la mucosa en la mayor parte de las úlceras gástricas y duodenales, y en el tratamiento de las mismas se empezó a usar exitosamente el Flagyl y otros antibióticos. ¿Que habría ocurrido si mis compañeros hubieran aprovechado adecuadamente la casualidad? En fin, seguiremos con los Warren y los Marshall...